CHARLES KINGSLEY

HÉROES, CUENTOS GRIEGOS DE HADAS



Charles Kingsley



Charles Kingsley

Héroes,
Cuentos griegos de hadas



Charles Kingsley

Charles Kingsley nació en Holne, Devon, Inglaterra, el 12 de junio de 1819; fue un reverendo y novelista inglés. Estudió en King's College (Universidad de Londres) y la Universidad de Cambridge.

En 1842, fue nombrado sacerdote y docente por la Iglesia Anglicana y enseñó Historia moderna en Cambridge (1860 - 1869). Su vida se vio marcada por su lucha donde lideró el socialismo cristiano y el constitucionalismo, en contraposición a la ortodoxia del Movimiento de Oxford (perteneciente a la Iglesia anglicana). Esta postura teológica lo llevó su famoso libro *Apología de Newman* (1864) en el que expone ataques personales y teológicos a John Henry Newman, así como críticas a su conversión, sacerdocio y a los dogmas de la iglesia católica.

Su importancia en la literatura es recordada por novelas como: *Alton Locke* (1850) y *Yeast* (1850), donde muestra su simpatía con las luchas de los oprimidos política y económicamente en Inglaterra de ese siglo. Entre sus novelas románticas de mayor trascendencia destacan *Hypatia* (1853), *Rumbo al Oeste* (1855), *Hace dos años* (1857) y *Hereward, el centinela* (1866). Asimismo, entre sus cuentos infantiles se encuentran *Los niños del agua* (1863) y *Héroes, cuentos de hadas griegos* (1856).

Murió el 23 de enero de 1875 en Eversley, Inglaterra.

Héroes, cuentos de hadas griegos
Charles Kingsley

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juarez Zevallos
Asesor de investigación: John Martínez Gonzáles
Selección de textos: Jerson Lenny Cervantes Leon
Corrección de estilo: Manuel Alexander Suyo Martínez
Diagramación: Leonardo Enrique Collas Alegría
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección “Lima Lee”, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa “Lima Lee” de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

PERSEO

CAPÍTULO I

PERSEO Y SU MADRE

Hubo en cierto tiempo muy remoto dos príncipes gemelos. Vivían en un risueño valle en Hellas, país muy lejano que hoy día se llama Grecia. Poseían fructíferos prados, viñedos, ovejas, bueyes, un gran rebaño de caballos y, en una palabra, todos los bienes que pueden constituir la felicidad de los hombres. Pero, a pesar de esto, eran miserables porque tenían celos uno de otro.

Desde el momento en que nacieron y empezaron a disputar, y, en cuanto fueron mayores, cada uno de ellos trató de apoderarse de la corona que ambos disputaban, y así reinar solo.

En cierta ocasión, un profeta dijo a uno de los dos desnaturalizados príncipes:

—Ya que te has lanzado contra tu familia, tu familia se levantaría contra ti. Ya que has pecado contra parientes, por esto serás castigado. Tu hija Danae tendrá un hijo en

cuyas manos morirá. Así lo han dicho los dioses y ha de suceder.

El príncipe se asustó al oír esta profecía, pero no por eso corrigió su conducta. En cuanto llegó a ser rey, encerró a su hermosa hija Danae en una caverna subterránea, rodeada de una muralla de bronce para que nadie pudiera acercarse a ella, y de este modo se figuró ser más astuto que los dioses.

Sin embargo, al cabo de poco tiempo, Danae tuvo un hijo tan hermoso, que todos, excepto el monarca, hubieran tenido piedad de él. Pero el rey Acrisio era un hombre que no conocía los buenos sentimientos, y encerró a la madre y el hijo en una caja que arrojó al mar, para que las olas y los vientos la llevaran a donde tuvieran por conveniente.

Y la caja que les conducía flotó, navegando hacia el noreste; y todos los que desde la tierra veían su triste suerte lloraban llenos de pesar exceptuando el cruel rey, que permanecía impasible.

La caja siguió flotando, agitada por las olas, y el niño dormía tranquilamente en brazos de su madre; pero la

pobre mujer no podía conciliar el sueño, acechando, llorosa, las probabilidades de salvación que podían presentarse para su hijito, al que tranquilizaba con canciones.

Dejaron a su espalda la última costa azulada y muy en breve se hallaron en alta mar. A su alrededor no había más que agua, cielo y viento; pero las aguas estaban tranquilas, el cielo risueño y el viento les acariciaba dulcemente.

Transcurrieron dos días y dos noches, hasta que Danae, debilitada por el hambre, se dio cuenta tristemente de que todavía no se presentaba tierra a la vista.

Mientras tanto, el niño seguía durmiendo; por fin la pobre madre, extenuada de fatiga, inclinó la cabeza y se durmió también, con las mejillas apoyadas en las de su hijo.

Al cabo de poco rato se despertó súbitamente; la caja crujía, pues se hallaba a punto de destrozarse, y el aire zumbaba. Levantó la mirada, y sobre su cabeza vio unas rocas enormes y a su alrededor grandes escollos casi cubiertos por lenguas de espuma.

Palmoteó de alegría y se puso a gritar en demanda de socorro, que no tardó en llegar: por entre las rocas apareció un hombre alto y de porte majestuoso, el cual, mirando hacia abajo, descubrió a la pobre Danae que se hallaba en la caja y era juguete de las olas.

El hombre iba envuelto en una especie de manto de tela grosera y cubría su cabeza con un ancho sombrero que a medias le ocultaba el semblante. En la mano llevaba un tridente —especie de tenedor con tres púas muy afiladas y que se lanza a los peces—, y en su hombro se veía una red de pescar.

Danae, al ver su alta estatura y su porte, sus dorados cabellos y barba y a los criados que le acompañaban, llevando cestos para la pesca, comprendió que no era un hombre ordinario.

Apenas había tenido tiempo de mirarlo, cuando el hombre dejó a un lado el tridente y arrojó tan diestramente su red sobre Danae y la caja en que se hallaba, que al poco rato la madre y su hijo estaban seguros sobre una roca.

Entonces, el pescador, sacándoles de la caja exclamó:

—¡Oh, hermosa joven! ¿Qué extraño acontecimiento te ha traído aquí, en tan rara embarcación? ¿Quién eres y de dónde vienes? Con seguridad eres la hija de algún rey y tu hijo pertenece a los dioses.

Y al hablar señalaba al niño, cuya cara brillaba como la estrella matutina.

Pero, en vez de contestar, Danae inclinó la cabeza y preguntó sollozado:

—Dime, señor, en qué tierra he venido a parar y entre qué hombres me hallo.

—Polidectes es rey de esta isla y hermano mío —repuso—. Los hombres me llaman Dictis el pecador, porque a este pasatiempo me dedico.

Al oír sus palabras, Danae cayó de rodillas y le abrazó las piernas diciendo:

—¡Oh, señor! Ten piedad de una extranjera a quien un cruel destino ha traído a esta tierra, déjame vivir en tu casa en calidad de sirvienta. Pero trátame bien, porque en un tiempo fui la hija de un rey y este mi hijo no es de

la raza común de los hombres, no quiero ser una carga para ti, ni comer pan de la ociosidad. Puedo ganar mi vida porque soy muy hábil en tejer y bordar, más que cualquiera de las jóvenes de mi país.

Y se disponía a continuar hablando, pero Dictis la interrumpió, y obligándola a levantarse, le dijo:

—Hija mía, yo soy viejo y mi cabello empieza a encanecer, pero no tengo ningún hijo que alegre mi casa. Ven conmigo y serás tú hija para mí y para mi mujer, y este niño, nuestro nieto.

Danae se sintió reconfortada con estas palabras y se fue a su nueva casa, con Dictis, el buen pescador, en cuya compañía vivió y por quien fue tratado con la misma bondad que si hubiera sido su hija.

CAPÍTULO II

DE CÓMO PERSEO SE COMPROMETIÓ A LLEVAR A CABO UNA TEMERARIA EMPRESA

Habían transcurrido quince años y aquel niño creció, llegando a ser un robusto marinero.

Su madre le llamaba Perseo, pero toda la gente de la isla le habían dado el nombre de Rey de los inmortales.

Aun cuando solo contaba quince años, Perseo era más alto que cualquier hombre. Además, era valiente y sincero, amable y cortés, pues el viejo y buen Dictis le había educado muy bien y el joven había aprovechado las enseñanzas de su maestro.

Por aquel entonces, Danae y su hijo se habían visto en un gran peligro y el último había necesitado de todo su valor para defender a su madre y defenderse a sí mismo.

Polidectes, el rey de la isla, no tenía buenos y nobles

sentimientos como su hermano Dictis, sino que era un hombre ávido de placeres, astuto y cruel.

Cuando vio a la hermosa Danae quiso casarse con ella, pero la joven no aceptó sus proposiciones, porque no le amaba y quería dedicarse únicamente a su hijo.

Por fin Polidectes, en vista de las negativas de Danae, se puso furioso, y mientras Perseo estaba navegando, raptó a la pobre mujer de la casa de Dictis diciendo:

—Si no quieres ser mi esposa, serás mi esclava.

De manera que Danae se vio reducida a la condición de esclava y debía ir a la fuente a buscar agua y llevar el grano al molino.

Entretanto, Perseo estaba en alta mar muy ajeno a la idea de que su madre corriera algún peligro.

Un día, mientras el buque estaba cargando mercancías, Perseo fue a corretear por un agradable bosque para resguardarse del sol, y sentándose sobre el césped se quedó dormido y tuvo el sueño más extraño de toda su vida.

Vio que por el bosque iba una dama mucho más alta que él o que cualquier mortal, pero extraordinariamente hermosa, con grandes ojos grises, claros, inteligentes e impregnados de dulzura. En su cabeza llevaba un casco y en la mano uno lanza. Sobre sus hombros y cubriendo su larga vestidura azulada, se veía una piel de cabra de la que colgaba un fuerte escudo de bronce, pulimentado como un espejo.

Se detuvo y miró a Perseo con sus grandes ojos grises. El joven, tembloroso, no se atrevía a alzar los suyos, hasta que, por fin, la maravillosa señora exclamó:

—Perseo, es menester que me prestes un servicio.

—¿Quién eres, señora, y cómo sabes mi nombre?

Entonces Minerva, la diosa de la sabiduría, pues era ella, se echó a reír, y levantando su escudo exclamó:

—Mira en él, Perseo. ¿Te atreverías a medir tu fuerza con un monstruo como este, y a matarlo para que yo pueda poner su cabeza sobre mi escudo?

Y en su lisa superficie apareció una cara. Al verla, Perseo sintió que se le paralizaba la sangre de las

venas. Era la de una mujer hermosa, pero sus mejillas estaban pálidas y tenía los labios muy delgados. En vez de cabellos, una gran cantidad de víboras se entrelazan sobre su cabeza, sacando sus partidas lenguas; además, las uñas de aquella extraña mujer eran de bronce.

La miró largo rato y por fin dijo:

—Si existe en el mundo algún ser tan malo y feo, sería noble acción matarlo, ¿dónde podré hallar a este monstruo?

Entonces la diosa sonrió de nuevo y dijo:

—Eres sobrado joven para acometer esta empresa, porque esta es Medusa, la Gorgona. Vuelve a tu casa y cuando hayas dado fin a la tarea que allí te espera, serás digno de ir en busca del monstruo.

Perseo hubiera querido replicar, pero Minerva desapareció. Entonces, despertando, vio que todo había sido un sueño.

Sin embargo, regresó a su país, y la primera cosa que supo fue que su madre era esclava de Polidectes.

Enfurecido se encaminó al palacio del rey y empezó a recorrer todas las habitaciones y el palacio entero, hasta que halló a su madre ocupada en dar vueltas a la piedra del molino, y llorando mientras lo hacía.

La levantó, besándola tiernamente, y se la llevó. Pero, antes de que pudieran salir de la habitación, entró Polidectes.

Cuando Perseo vio al rey, se arrojó sobre él, gritando:

—¡Tirano! ¿Es esta la bondad con que acoges a las extranjeras y a las viudas? ¡Vas a morir!

Y como no tenía espada, levantó la piedra del molino y se preparó a arrojarla contra la cabeza del rey.

Pero su madre se agarró a él gritando y el buen Dictis, que entró entonces, le recordó que Polidectes era hermano suyo.

Perseo, desistió, pues, de su propósito, y el rey que durante toda aquella escena había estado temblando cobardemente, les permitió la salida.

A fin de poner a su madre al abrigo de todo riesgo, Perseo la llevó al templo de Minerva, en el cual las sacerdotisas la adoptaron, contándole su cuidado. En él estaba a salvo de cualquier mal intento, pues nadie se atrevería a sacarla de allí. El buen Dictis y su esposa iban a visitarla diariamente.

En cuanto a Polidectes, viendo que no podía apoderarse de Danae por la fuerza, resolvió valerse de la astucia; pero, al comprender que no la podría recuperar mientras Perseo permaneciera en la isla, formó un plan para alejar de ella.

Primero fingió haber perdonado al joven y olvidado completamente a su madre y, durante algún tiempo, no intentó nada contra ellos. Después de una temporada se propuso celebrar una gran fiesta a la que invitó a todos los jefes y a los jóvenes de la isla y entre estos a Perseo, a fin de que pudieran prestar homenaje su rey y participar de su banquete.

Todos acudieron al día señalado, y entonces era costumbre que cada invitado ofreciera un regalo al soberano. Uno llevó un caballo, otro un chal o una sortija, otros una espada y algunas cestas para las uvas;

pero Perseo no llevó nada por no tener nada que ofrecer, pues tan solo era un pobre marinero.

Sin embargo, estaba avergonzado de comparecer ante el rey sin poderle ofrecer ningún regalo, de modo que, apoyado en el marco de la puerta, observada tristemente a los hombres ricos que entraban, sonrojándose al ver que, señalándole, decían todos sonriendo:

—¿Qué es lo que ha traído Perseo?

Este, avergonzado, balbuceaba palabras ininteligibles para disculpar su pobreza, pero los ricos reían orgullosamente. Por fin, loco de vergüenza y sin saber lo que decía, exclamó:

—¡Un regalo! ¡Tal vez podré ofrecerlo más rico y precioso que todos los suyos reunidos!

—¡Oigámoslo! ¿Cuál es? —preguntaron riendo más que antes.

Entonces Perseo, recordando su extraño sueño, gritó con fuerte voz:

—¡La cabeza de la Medusa Gorgona!

En cuanto hubo pronunciado estas palabras se sintió poseído de espanto. Los circunstantes, por su parte, se echaron a reír de la mejor gana y el rey más que todos. Pasado el acceso de hilaridad, Polidectes dijo:

—Has prometido traerme la cabeza de la Gorgona. ¡No te presentes ante mí sin haber cumplido tu promesa! ¡Vete!

Perseo comprendió que había dado un mal paso, pero salió sin decir palabra.

Marchó hacia los acantilados de la costa y se puso a mirar el mar azul, preguntándose si su sueño era real.

—Minerva, ¿fue mi sueño presagio de una realidad? ¿Debo matar a la Gorgona? Lo he prometido en un acceso de ira, pero estoy dispuesto a cumplirlo con paciencia y sangre fría.

Pero no recibió contestación; no vio nada que pudiera dársela, ni tampoco una nube en el despejado cielo.

Tres veces preguntó Perseo y otras tantas dijo:

—Lo he prometido en un acceso de ira, pero estoy dispuesto a cumplirlo con paciencia y sangre fría.

Entonces vio a lo lejos una nubecilla blanca, brillante como plata, que avanzaba hacia él. En cuanto tocó contra los acantilados se rompió, y de su interior salió Minerva, acompañada por un joven cuyos ojos parecían carbones encendidos.

Los dos avanzaron ligeramente hacia Perseo, quien, cayendo de rodillas, les adoró al ver que no eran personas mortales.

Minerva le habló con mucha bondad, recomendándole que no tuviera miedo.

—Perseo —dijo—, has retado a Polidectes y te has portado como un hombre valeroso, ¿te atreves a vértelas con Medusa, la Gorgona?

—Pruébame —contestó Perseo—. Desde que me hablas siento que mi valor se ha acrecentado.

—Esta hazaña, Perseo —repuso Minerva—, no puede llevarse a cabo en menos de siete años, durante los cuales no puedes retroceder ni abandonar la empresa. Si tu valor decrece, será menester que mueras, y ningún hombre hallará tus despojos.

—Dime. ¡Oh, hermosa y sabia Minerva! ¡Cómo he de obrar para alcanzar el éxito y si luego es necesario morir, moriré con gusto! —exclamó Perseo.

—Sé paciente y escucha —contestó sonriendo la diosa—. Debes ir hacia el norte, hasta que halles a las tres hermanas grises que solo tienen un ojo y un diente entre todas. Pregúntales qué camino has de tomar para hallar a las hijas de la estrella de la tarde, y ellas te dirán dónde mora la Gorgona, a la que matarás; pero, ¡ten mucho cuidado!, porque sus ojos terribles y todas las cosas que miran se convierten en piedra.

—¿Cómo podré librarme de ellos? —preguntó Perseo.

—Tomarás este escudo pulimentado —dijo Minerva— y, mirarás, no a la Gorgona, sino a la imagen que se refleje en él, de manera que puedas herirla con seguridad. Cuando le hayas cortado la cabeza, envuélvela, sin

mirarla, en los pliegues de la piel de cabra de que cuelga el escudo. Así podrás traérmela sin peligro y ganar para ti un nombre y un lugar entre los héroes.

—Voy a emprender el viaje, aunque en él pierda la vida —repuso Perseo—. Pero, ¿cómo cruzaré los mares sin una embarcación? ¿Quién me guiará en mi camino? ¿Y cómo podré herir a la Gorgona si está cubierta de escamas de hierro y bronce?

Entonces habló el joven que acompañaba a Minerva, y dijo:

—Estas sandalias mías te llevarán a través de los mares y por encima de las montañas con la velocidad de un pájaro, como me llevan a mí.

Las propias sandalias te guiarán durante el camino, porque son de naturaleza divina y no pueden equivocarse. Además, con esta espada podrás matar a la Gorgona, porque también es divina y no hay necesidad de herir dos veces.

Levántate, tómalo todo y emprende el camino.

Perseo se puso de pie, se ajustó las sandalias y se ciñó la espada.

—¡Ahora lánzate desde aquella roca, y parte! —exclamó Minerva.

Perseo miró al abismo que tenía a sus pies y sintió que un estremecimiento recorría su cuerpo; pero, avergonzándose de su miedo se arrojó al vacío.

Y en vez de caer. ¡Sintió que se deslizaba maravillosamente por el aire!

CAPÍTULO III

PERSEO MATA A LA GORGONA

Así emprendió Perseo su vuelo, atravesando a pie enjuto mares y montañas, y al ver la facilidad con que viajaba, sintió que su corazón se llenaba de alegría y sentimiento. Con las sandalias aladas andaba cada día el camino de siete.

Por fin, a la orilla de un mar helado y a la luz de una fría luna de invierno, halló a las tres hermanas grises. A su alrededor no se veía ningún ser viviente, ni una mosca en el aire, ni un tallo de musgo sobre las rocas.

Se pasaban su ojo de una a la otra, porque todas a la vez no podían ver, su único diente de mano en mano, porque a las tres juntas no les era posible comer; estaban sentadas a la luz de luna, pretendiendo calentarse con sus rayos.

—Díganme, madres venerables —les preguntó Perseo—: ¿Cuál es el camino que conduce al lugar en que se hallan las hijas de la estrella de la tarde?

Al oír su voz gritó una de ellas:

—Dame el ojo para verle —y otra añadió—: dame el diente para morderlo —pero no se dignaron contestar a su pregunta.

En vista de ello, Perseo se acercó a las tres viejas y esperó a que se pasaran el ojo de una a otra mano. Cuando lo hicieron, aproximó silenciosamente la suya y él tomó el ojo, que le dieron, creyendo que lo recibía la otra hermana.

Entonces Perseo retrocedió y les dijo riendo:

—Viejas crueles, me he apoderado de su ojo y lo echaré al mar si no me indican, jurando decir la verdad, cuál es el camino que debo seguir para hallar a las hijas de las estrellas de la tarde.

Al oír estas inesperadas palabras, las tres viejas se echaron a llorar e insultaron a Perseo, pero todo fue en vano. Se vieron obligadas a decirle la verdad. El héroe podía haber huido sin desenvolverse el ojo, pero no lo hizo así, sino que se lo entregó y emprendió el camino hacia el sur, dejando a su espalda la nieve y el hijo.

Por último, después de un largo viaje, oyó unas dulces voces que cantaban. Y Perseo no dudó que procedían del jardín de las hijas de las estrellas de la tarde.

En cuanto la vieron, preguntaron temblando:

—¿Has venido a robar nuestro jardín y a quitarnos nuestros dorados frutos?

—No necesito ninguno de sus frutos dorados —repuso Perseo—. Tan solo les pido que me digan qué camino debo seguir para llegar al lugar habitado por la Gorgona, a fin de proseguir mi viaje y matarla.

—Espera, espera, hermoso joven —contestaron—; ven a bailar con nosotras alrededor de los árboles de este jardín.

—No puedo bailar con ustedes, hermosas niñas; díganme, se lo ruego, dónde está la Gorgona, porque de lo contrario moriré ahogado en el mar.

Las jóvenes suspiraron y contestaron llorando:

—¡La Gorgona! ¡Te convertirá en piedra!

—Los dioses ya me han dado armas, que usaré a tiempo y con prudencia —repuso Perseo.

Entonces las hermosas jóvenes le dijeron que la Gorgona vivía en una isla muy lejana, pero que, para acercarse a ella impunemente, precisaba llevar el sombrero que hacía invisible, a fin de no ser descubierto por los monstruos. Una de las bellas jóvenes tenía en su mano el sombrero en cuestión.

Mientras todas besaban a Perseo, llorando apoyadas en él, este estaba impaciente por marcharse. Por fin se puso el sombrero mágico y se desvaneció quedando invisible para las hijas de la estrella de la tarde.

Prosiguió atrevidamente su camino, pasó por muchos lugares horribles y tuvo espantosas visiones, hasta que oyó el ruido especial que producían las Gorgonas al agitar sus alas y divisó el brillo de sus garras de bronce. Entonces comprendió que había llegado la hora de detenerse, porque, de lo contrario, Medusa le hubiera convertido en piedra.

Antes de lanzarse al ataque reflexionó detenidamente y recordó todas las palabras de Minerva. Luego se elevó

en el aire, y levantando el escudo por encima de su cabeza, miró la escena que reflejaba, para de tal modo, poder ver lo que se hallaba a sus pies.

Las tres Gorgonas estaban durmiendo, y, con sorpresa, vio que eran tan grandes como elefantes. Ellas no le podían descubrir, porque el sombrero mágico le hacía invisible; sin embargo, sintió un estremecimiento de espanto cuando se dejó caer encima de ellas: tan terrible era su aspecto.

En el momento que, Medusa inclinó la cabeza hacia atrás; su largo cuello se reflejó con tanta blancura en su escudo, que Perseo no se atrevía a herirla. Mientras permanecía indeciso, las víboras que formaban trenzas en su cabeza, a modo de cabellos, se despertaron y empezaron a mirar en todas direcciones con sus secos ojos, y abriendo las venosas fauces se pusieron a silbar. Además, al moverse, Medusa puso al descubierto sus garras metálicas, y Perseo vio que, a pesar de su aparente belleza, era tan horrible como sus hermanas.

Sin vacilar ya más, bajó al suelo, avanzó atrevidamente hacia ellas, y mirando de nuevo a su escudo, que hacía las

veces de espejo, hirió con la fuerza a la Gorgona con la espada, y no tuvo necesidad de dar un segundo golpe.

Envolvió la cabeza en la piel de cabra, apartando la vista mientras lo hacía, ligeramente se lanzó a los aires con más velocidad que nunca.

Sus mágicas sandalias le llevaron a través del mar sin orillas, hasta que se halló de nuevo en los jardines de las hermosas hijas de la estrella de la tarde.

Una vez ante ellas les preguntó:

—¿Por dónde debo ir para regresar a mi país?

Entonces las jóvenes, llorando, exclamaron:

—No regreses a tu país. ¡Quédate a jugar con nosotras, que estamos siempre solas!

Pero Perseo se negó, y bajando a toda prisa la montaña se lanzó por encima del mar, volando como una gaviota.

CAPÍTULO IV

ENCUENTRO DE PERSEO Y ANDRÓMEDA

De esta manera Perseo volaba hacia el noreste, siempre por encima del mar, hasta que, después de muchas leguas de viaje, llegó a cernirse sobre las movedizas arenas del desierto.

Siguió su vuelo sobre aquella desolada extensión, sin saber la distancia que recorría, esperando cada día ver el azul mediterráneo para, una vez en él, regresar a su patria.

Pero, mientras el héroe abrigaba estas esperanzas, un huracán terrible le echó al sur, internándose otra vez en el desierto. Durante todo el día luchó contra el empuje del viento, más, a pesar de sus divinas sandalias, no puedo quedar vencedor, y a la mañana siguiente divisó la misma odiosa e inmensa extensión de áridas arenas.

Por fin, en cuanto el viento hubo cesado, trató nuevamente de ir hacia el norte, pero otra vez se desató

la tempestad de arena, que, implacablemente, le internó mapas en el desierto. Luego todo quedó tranquilo y el cielo sin nubes.

Pérdida ya la esperanza, exclamó implorando a Minerva:

—¿Acaso, divina Minerva, no he de ver más a mi madre, ni el rizado y azulado mar y las alegres montañas de mi patria, Hellas?

Entonces oró, y después de haberlo hecho reinó un gran silencio Perseo, recobrando la esperanza se dijo:

—Seguramente estoy aquí por voluntad de los dioses, porque Minerva no miente. ¿Acaso estas sandalias no me conducirán por mi camino?

De pronto sus oídos percibieron el rumor de una corriente de agua; Perseo lanzó un grito de alegría, y dirigiéndose al sitio de donde procedía el ruido apagó su sed, comió dátiles de unas palmeras que allí cerca había y descansó sobre césped. Al despertar se lanzó de nuevo a los aires, pero esta vez no intentó ir hacia el norte, pensando:

—Seguramente Minerva me ha enviado a ese lugar con algún propósito y crees que todavía no debo regresar a mi país. Tal vez he de llevar a cabo alguna otra hazaña antes de que me sea dado ver de nuevo las verdes colinas de mi patria Hellas.

En consecuencia, Perseo voló siguiendo la orilla del mar, y un día, al oscurecer, miró hacia unas rocas. En una de ellas muy cerca del agua, vio una blanca imagen que permanecía inmóvil.

—Será, sin duda —pensó—, la estatua de algún dios marino. Voy a verlo.

Mas, al aproximarse, no halló ninguna estatua, sino una joven de carne y hueso, cuya cabellera se agitaba al soplo de la brisa. Al acercarse más todavía, vio que la joven temblaba de frío cada vez que las olas la mojaban con su agua salada.

Sus brazos estaban levantados por encima de la cabeza y sujetos a la roca con cadenas de bronce; tenía la cabeza inclinada sobre el hombro como si fuera presa de sueño, de fatiga o de un pesar. Pero a veces la levantaba y con lastimera voz llamaba su madre.

Aunque Perseo estaba muy cerca de ella, la joven no podía verle, porque aquel llevaba el sombrero que le hacía invisible.

Con el corazón lleno de piedad y de indignación el héroe se puso a mirar detenidamente a la joven. Sus mejillas eran de color más oscuro que las de los helenos y sus cabellos de un negro azulado.

—Nunca vi una joven tan hermosa —se dijo Perseo—, ni aun en ninguna de las islas de mi país. Con seguridad es la hija de algún rey, y es demasiado hermosa para que pueda ser mala.

Voy a hablarle.

Y quitándole dio un grito de espanto.

—No tengas ningún miedo, hermosa niña —dijo—. ¿Qué crueles hombres te han encadenado? Pero, espera; ante todo voy a liberarte.

Y agarró con fuerza las cadenas, pero eran demasiado resistentes para romperlas con las manos.

Entretanto la joven gritaba:

—¡No me toques! ¡Soy una víctima de los dioses del mar! ¡Te matarán si te atreves a liberarme!

—¡Que lo prueben! —repuso Perseo.

Y sacando su espada mágica, cortó las cadenas con tanta facilidad como si hubieran sido de cera.

—Ahora —dijo— me perteneces, y no a esos dioses del mar, sean quienes fueren.

Por toda contestación la joven, desesperada, se puso a gritar llamando su madre.

Entonces el joven la sostuvo en sus brazos y preguntó:

—¿Cuáles son esos dioses del mar tan crueles e injustos que condenan a muerte a las hermosas jóvenes como tú? Deja que pruebe mi fuerza contra ellos. Pero, dime, niña quién eres y qué cruel hado te ha conducido a tan terrible situación.

—Soy la hija de un rey —dijo ella llorando—, mi madre la Reina de las hermosas trenzas, y me llaman

Andrómeda. Estoy aquí para expiar un pecado de mi madre quien, en cierta ocasión, dijo, llena de orgullo que yo era más hermosa que la Reina la de los peces. Esta, encolerizada, desató contra nosotros todas las olas de sus dominios, devastando nuestros Estados, y ahora yo debo ser devorada por un monstruo marino para expiar un pecado que no cometí.

—¡Un monstruo marino! —dijo Perseo, riendo—. He vencido a otros más temibles.

Andrómeda le miró, y renació la esperanza en su corazón al verle tan valiente y hermoso empuñando la brillante espada con una mano, mientras con el otro brazo le rodeaba la cintura.

Sin embargo, suspiró y dijo:

—¿Por qué quieres morir siendo tan joven? Abandóname a mi suerte y prosigue tu camino.

—No será así —exclamó Perseo—. Maté a la Gorgona con ayuda de los dioses, y por obra suyas he venido aquí para matar al monstruo con esa misma cabeza de Medusa. Aparta tus ojos cuando te deje, porque si miras te convertirían en piedra.

La joven no contestó, porque no podía dar crédito a sus palabras.

De pronto, levantando la vista, indicó con el dedo del mar y exclamó aterrada:

—¡Ahí está; viene al amanecer, como había prometido! Debo morir. ¡Márchate!

Y de nuevo trató de apartarle.

—Me iré; pero antes prométeme una cosa —dijo Perseo—; y es que, si mato a ese monstruo, consentirás en ser mi mujer y en venir a mi reino, porque soy hijo de un rey. ¡Prométemelo, y sella tu promesa con un beso!

Ella levantó la cara y lo besó. Entonces Perseo exhaló un grito de alegría y se lanzó volando por encima del mar, mientras Andrómeda, temblando, se acurrucaba en la roca.

El monstruo marino seguía acercándose perezosamente, dejándose llevar por la corriente y deteniéndose de vez en cuando. Sus costados estaban llenos de conchas y de algas y el agua se introducía en sus

abiertas mandíbulas mientras avanzaba. Por fin divisó a Andrómeda y se precipitó para apoderarse de presa.

En aquel instante, desde lo alto, Perseo se dejó caer como un aerolito sobre la cresta de las olas, y Andrómeda, al verlo, ocultó la cara. Durante un momento todo estuvo silencioso.

Por último, cuando la joven se decidió a mirar llena de espanto, vio a Perseo que se dirigía hacia ella, y en lugar del monstruo, una grande y negra roca se alzaba en medio del mar, que mansamente la rodeaba.

¡Quién pudiera entonces pintar la felicidad y el orgullo de Perseo y quiénes tan contentos como las gentes de aquel país!

Llegaron el rey y la reina acompañados por todo el pueblo, que cantaba y bailaba de alegría, para recibir a Andrómeda como una persona que hubiera resucitado de entre los muertos.

—Héroe Hallen —dijo el rey a Perseo—, quédate en mi país; consiente en ser mi yerno y te daré la mitad de mi reino.

—Acepto con gusto el ser tu yerno —dijo Perseo—, pero no quiero ninguna parte de tu reino, porque siento añoranza por la risueña Hellas y por mi madre, que me espera en nuestra casa.

—Por lo menos no te lleves enseguida a mi hija —dijo el rey—, porque para nosotros es como si hubiera resucitado. Permanece en nuestra compañía durante un año y luego podrás efectuar el regreso con todo el honor que te es debido.

Perseo consistió de buena gana, pero, antes de entrar en el palacio del rey, ordenó al pueblo que le llevaran piedras y árboles y construyó un altar consagrado a Minerva, a la que sacrificó terneros y corderos.

Luego se celebraron las nupcias entre el héroe y Andrómeda, con grandes fiestas que duraron siete días. Pero, la noche del octavo, Perseo tuvo un sueño. Vio a su lado a Minerva, tal como la viera siete años antes, llamándole por sus nombres y diciéndole:

—Perseo, te has portado como un hombre, y ya lo vez, has alcanzado la recompensa. Ahora devuélveme la espada y las sandalias, así como el sombrero que

hace invisible, a fin de que yo pueda restituirlo a sus respectivos dueños. En cuanto a la cabeza de la Gorgona, puedes guardarla todavía, porque la necesitarás a tu regreso a Hellas.

Y Perseo se levantó para entregar la espada, las sandalias y el sombrero; mas, al hacerlo, se despertó y vio que había soñado. Pero no fue toda ficción como él creyó, porque la piel de cabra con la cabeza de la Gorgona estaba en su sitio, en tanto que la espada, las sandalias y el sombrero habían desaparecido. Y Perseo ya no los vio nunca más.

CAPÍTULO V

REGRESO DE PERSEO A SU PAÍS

Un año después, en una hermosa galera movida a fuerza de remos, salió con dirección a su país, luego de haber hecho embarcar a su esposa Andrómeda y de haber transportado a la nave el dote que le correspondía, consistente en ricas joyas, hermosas vestiduras y objetos de oriente. Los reyes y el pueblo en masa fueron a despedirles llorando.

Cuando Perseo llegó a Hellas, dejó su nave en la orilla y entró en la ciudad como lo hacía en otro tiempo. Abrazó a su madre y a Dictis, quienes vertían lágrimas de alegría al verle de nuevo a su lado después de estar privados, durante siete años de su compañía.

Una vez satisfechas las ansias de su corazón abrazando a las dos personas que más amaba, se encaminó al palacio del rey Polidectes, llevando en una mano la piel de cabra que envolvía la cabeza en la Gorgona.

Al entrar en la gran sala del palacio, vio a Polidectes sentado ante una mesa rodeado de sus nobles, quienes alegremente departían comiendo carnes y pescados de todas las clases y bebían vino de color de sangre.

Perseo se detuvo en el umbral y llamó al rey por su nombre, pero ni este ni ninguno de los invitados conocieron al recién llegado, porque había cambiado mucho durante su larga ausencia. Salió de su país siendo un muchacho y regresaba convertido en un héroe.

Sin embargo, Polidectes el malo lo reconoció por fin, y burlonamente exclamó:

—¡Hola, expósito! ¿Ya te has convencido de que es más fácil prometer que cumplir?

—Aquel a quien ayudan los dioses, cumple sus promesas —repuso Perseo desenvolviendo la cabeza de la Gorgona.

Y luego añadió, sosteniéndose en alto:

—¡Mira!

Polidectes y sus cortesanos palidecieron intensamente al mirar la espantosa cara del monstruo. Todos trataron de levantarse, pero ya no les fue posible, porque sus cuerpos quedaron inanimados y lentamente se fueron convirtiendo en bloques de piedra gris.

Cuando Perseo vio que su venganza estaba satisfecha fue en busca de su galera.

Luego dio el reino al buen Dictis y se embarcó de nuevo, con su esposa y su madre.

La nave que conducía a Perseo bogó hacia el oeste hasta que llegó al país en que naciera el héroe. Una vez allí este se enteró de que su abuelo había huido, temiendo que su nieto la matara.

El joven se entristeció al saberlo y dijo:

—Seguramente conseguiré ahora que me quiera, cuando vea que regreso cargado de honores. Voy en su busca, le haré volver y todos reinaremos en paz.

En consecuencia, se embarcó de nuevo y por fin llegó al país en que habitaba su abuelo. El pueblo estaba en los campos celebrando una fiesta con toda clase de juegos.

Perseo, mezclándose con la multitud, se dirigió al paraje en que tenían lugar los juegos y no se dio a conocer, pensando:

—Si tengo la suerte de ganar el premio, el corazón de mi abuelo sentirá por mí alguna benevolencia.

En la lucha del pentano, Perseo se distinguió entre todos los demás jugadores colocándose en el primer lugar, tanto en la carrera como en los saltos, la lucha y el tiro de jabalinas y discos.

Ganó cuatro coronas, y al tomarlas se dijo:

—Ahora hay una corona más que ganar. Voy a ver si lo consigo, para poder depositarla en las rodillas de mi abuelo.

Entonces cogió algunos discos y los lanzó a una distancia cinco veces mayor que cualquiera de sus competidores. El pueblo, entusiasmado, exclamaba:

—¡Nunca se vio tan diestro discóbolo!

Animado, Perseo, reunió toda la fuerza y arrojó otro disco; pero una ráfaga de viento procedente del mar lo

hizo cambiar de dirección y fue a herir a su abuelo, quien perdió el sentido a causa del gran dolor que le produjo el golpe.

Perseo, profiriendo un grito de espanto, se precipitó hacia él; pero, cuando los cortesanos levantaron su cuerpo, vieron que era ya cadáver.

El héroe, en señal de duelo rasgó sus vestiduras, se llenó la cabeza de polvo y lloró por su abuelo.

Luego, levantándose, llamó al pueblo con voz fuerte y dijo:

—Los dioses dicen siempre la verdad y lo que hay ordenado debe suceder. Soy Perseo, el nieto del rey que acaba de morir.

Y seguidamente les relató que un oráculo había profetizado que mataría a su abuelo.

En seguida empezaron a celebrarse magníficos funerales en honor del rey fallecido, al que incineraron en una rica pira.

Perseo fue el templo, en donde le purificaron de su

crimen por haberlo cometido involuntariamente, y una vez cumplidas todas las ceremonias en honor del último monarca regresó a su patria en compañía de Andrómeda y reinó con ella felizmente. Los dioses les concedieron cuatro hijos y tres hijas.

Y cuando murieron, si hemos de creer a los antiguos, Minerva les llevó al cielo. Durante toda la noche Perseo y Andrómeda brillan en el firmamento como dos faros, para guía de los marinos errantes, pero durante el día participan de las fiestas de los dioses en las azuladas y risueñas colinas de la mansión de los inmortales.

TESEO

CAPÍTULO I

DE CÓMO TESEO LEVANTÓ LA LOSA

Hubo en otro tiempo una princesa, llamada Etra, que tenía un hermoso hijo que respondía al nombre de Teseo y era el muchacho más valiente de todo el país. Etra nunca sonreía, excepto cuando miraba a su hijo, porque su esposo la había olvidado y vivía en otra comarca.

Etra acostumbraba ir con frecuencia al templo de los dioses, desde allí miraba durante todo el día a través de la bahía, por encima de las purpúreas cimas de las montañas, a la orilla Ática, que se divisaba más allá.

Cuando Teseo contó quince años de edad, le llevó consigo al templo y se detuvo en los macizos de plantas que crecían en el jardín de los dioses. Luego le guió hasta un enorme plátano, y suspirando le dijo:

—Teseo, hijo mío, al pie de este plátano verás una gran losa de piedra. Levántala y tráeme lo que halles debajo de ella.

Teseo se puso a buscar entre las raíces del árbol y halló, conforme le dijera su madre, una gran losa de piedra cubierta de hiedra y musgo. Probó levantarla, pero no pudo conseguirlo. Insistió hasta que el sudor salió de todo su cuerpo, de la frente a los pies, hasta que asomaron las lágrimas a sus ojos, avergonzado al ver su impotencia; pero todo fue inútil. Por fin regresó al lado de su madre, diciendo:

—He hallado la losa, pero no puedo levantarla, y creo que ningún otro hombre podría hacerlo.

La madre suspiró y dijo:

—Ya llegará el día en que seas el hombre más fuerte de todos los que viven en este país.

Y tomándole de la mano entraron en el templo y oraron, regresando a su casa.

En cuanto hubo transcurrido algo más de un año, condujo nuevamente a Teseo al templo y le ordenó que alzara la losa, pero tampoco le fue posible.

La madre suspiró como el año anterior y dijo otra vez las mismas palabras; regresó a la ciudad, y al año siguiente

obligó a su hijo a que probara de nuevo su fuerza. Pero, desgraciadamente, Teseo tampoco pudo levantar la losa aquel año ni el siguiente.

Hubiera querido preguntar a su madre el misterio de aquella losa y de lo que se hallaba debajo, pero su fracaso lo tenía tan triste que no se atrevió. Sin embargo, se dijo:

—El día llegará en que pueda levantarla.

Y para robustecerse empleó todo el tiempo que disponía en ejercitarse en la lucha, en cazar osos, toros y gamos por rocas y montañas, hasta que, por fin, no hubiera podido hallarse cazador más ligero que Teseo, de quien decía el pueblo: «¡Seguramente los dioses le protegen!».

En cuanto cumplió diecinueve años, Etra le llevó otra vez al templo y le dijo:

—Si hoy no levantas la losa, no sabrás jamás quién eres.

Teseo se dirigió al plátano, y agarrándose a la argolla de la losa tiró con toda su fuerza y consiguió moverla.

—Aunque mi corazón se despedace, he de levantarla —dijo.

Y tirando desesperadamente la levantó por fin y desplazándola la dejó caer en tierra, soltando un grito de alegría. Cuando miró al hueco, vio una espada de bronce con magnífico puño de oro y al lado un par de sandalias, de oro también.

Teseo lo tomó todo y echó a correr en busca de su madre, llevando en alto los dos objetos que acababa de hallar.

Al verlo, Etra se puso a llorar silenciosamente, tapándose la cara y Teseo, entristecido al ver el llanto de su madre, la acompañó en él sin saber la causa.

En cuanto se tranquilizó levantó la cabeza y poniéndose un dedo en los labios, dijo a Teseo:

—Ocúltalo todo bajo tu manto y acompáñame.

Salieron del patio sagrado y se pusieron a mirar al mar, a través de la bahía.

—¿Ves esa tierra que está a nuestros pies? —preguntó Etra.

—Sí —repuso Teseo—; en ella nací y he vivido.

—¿Ves ahora aquella comarca que está más allá? —siguió preguntando la madre.

—Sí, es Ática; en ella vive el pueblo ateniense —repuso el muchacho.

—Es un hermoso y grande país, Teseo, hijo mío. Las montañas allí están cubiertas de oloroso tornillo, los prados de aromáticas violetas y los ruiseñores cantan todo el día en las espesuras. Hay doce ciudades muy pobladas por una antigua raza. ¿Qué harías tú, Teseo, si fueras el rey de aquella tierra?

Teseo estaba atónito mirando el brillante mar y la hermosa costa ática. Su corazón se ensanchó de júbilo al oír las palabras de su madre, y contestó:

—Si yo fuera rey de tan hermoso país, quisiera gobernarlo con justicia y prudencia, con sabiduría y poder.

—Toma, pues, la espada y las sandalias y ve a presentarte a tu padre, Egeo, rey de Atenas, y dile: «La losa ha sido levantada»; luego le enseñas la espada y las sandalias y acepta el porvenir que los dioses te reserven.

—¿He de dejarte, madre mía? —preguntó Teseo llorando.

—No llores por mí —dijo la madre. Luego le besó cariñosamente, y llorando entró en el templo a orar. Teseo no la volvió a ver.

CAPÍTULO II

TESEO VENCE AL GIGANTE PERIFETES Y AL BANDIDO SINIS

El joven se quedó solo con la cabeza llena de nuevas ideas. Empezó a formar proyectos y lo primero que se le ocurrió fue ir al muelle y alquilar un rápido navío para atravesar la bahía en dirección a Atenas; pero aún este medio de viajar la pareció lento en demasía.

Hubiera deseado poder atravesar el mar en alas del viento. Después de permanecer un rato pensativo, sintió que sus ensueños de grandeza se desvanecían:

—Tal vez mi padre tiene otros hijos queridos —se dijo—, y quizás no me reciba cariñosamente. Me ha tenido olvidado desde mi nacimiento y esto es una prueba de que no me quiere.

Semejantes ideas le pusieron algo triste, pero, por fin, reaccionando, exclamó:

—¡Haré que me quiera! ¡Voy a conquistar honores, y llevaré a cabo tales hazañas que Egeo estará orgulloso de mí, aun cuando tenga otros cincuenta hijos! Iré por tierra a Atenas, franqueando las montañas. Tal vez halle algunas aventuras por el camino y con ello conquiste el cariño del autor de mis días.

Poniendo en práctica su plan, Teseo emprendió su viaje por las montañas, empuñando la espada de su padre. Subió por ellas hasta que los valles adquirieron un tinte azulado y las nubes le humedecieron el cuerpo. Pero siguió avanzando, con mucha pena a veces, atravesando los pantanos y espesuras que se presentaban a su paso, hasta que llegó a un lugar en que había un montón de piedras.

En ellas estaba sentado un gigante, envuelto en una piel de oso.

Al ver a Teseo se levantó y se echó a reír a carcajadas.

—¿Quién eres, hermosa mosca, que tan de prisa te precipitas en la tela de araña?

Teseo siguió andando sin contestar una palabra, preguntándose:

—¿Será algún ladrón? ¿Será alguna aventura que se presenta?

El extraño sujeto soltó otra carcajada y dijo:

—¿No sabes que este lugar es la telaraña de la que no escapa ninguna mosca y que yo soy la araña que se las come? Acércate y deja que me recree contigo. No hay necesidad de que eches a correr, porque esta parte de la montaña forma un laberinto tal, que nadie puede hallar su camino para huir.

—¿Y cuál es tu nombre, atrevida araña?

—Me llaman el gigante Perifetes —repuso el ladrón—, y con mi mazo mato a las pobrecitas moscas que se enredan en mi red.

Y levantándose exhibió un formidable mazo de bronce.

—Ahora, dame tu hermosa espada, el manto y las sandalias de oro, porque de lo contrario morirás.

Teseo, en vez de acceder a lo que se le pedía, arrolló el manto al brazo apretando sus pliegues, a fin de

amortiguar los golpes que recibiera, y sacando su espada se echó sobre el gigante Perifetes, quien se preparó a atacarle también.

Tres veces dio con su mazo a Teseo y a las tres el joven, se inclinó como un arbolito al impulso del huracán, pero luego se incorporó de nuevo con gran asombro del gigante. Teseo, por su parte, le hirió tres veces, asimismo, pero los pliegues de la piel de oso salvaron al gigante.

El joven, irritado, estrechó más a su contrario; soltando la espada, le agarró con fuerza por el cuello, y en la lucha cayeron los dos al suelo. Largo rato, estuvieron tratando de estrangularse uno a otro hasta que, por último, Teseo se levantó, mirando con satisfacción a su enemigo, que yacía inmóvil a sus pies.

Despojó al gigante de su mazo y de la piel de oso y prosiguió su camino hasta que llegó a una gran pradera cubierta por una vegetación espléndida. Vio muchos rebaños que descansaban a la sombra de los árboles, y cerca de una agradable fuente algunas ninfas y pastores que danzaban; pero lo que extrañó mucho a Teseo fue que bailaban sin música. Cuando divisaron a Teseo, exhalaron gritos de espanto, y mientras los pastores

echaban a correr atemorizados, las ninfas se precipitaron dentro de la fuente y se desvanecieron. Teseo estaba admirado, y riendo exclamó:

—¿Qué extrañas gentes son éstas que huyen en cuanto ven a una persona extraña y bailan sin música?

Y como estaba cansado y sediento y además iba lleno de polvo, no se cuidó más de ellos, sino que se bañó en la fuente, apagó su sed y se echó a la sombra de un plátano, donde el rumor del agua, cayendo de una piedra a otra, le adormeció dulcemente.

Al despertar oyó algunos murmullos, y entreabriendo los ojos vio que las ninfas le miraban a través de la fuente, desde la oscura entrada de una caverna, ante la que estaban sentadas sobre la blanda hierba.

—Con toda seguridad no es el gigante Perifetes —decía una de ellas.

Y otra añadió:

—No parece ningún ladrón, pues es un hermoso joven. Entonces Teseo sonrió, y llamándolas, les dijo:

—Hermosas ninfas, no soy el gigante Perifetes. Ahora está durmiendo con los milanos y las cornejas, y yo le he quitado su piel de oso y su mazo.

Al oír eso, las ninfas se acercaron a él y llamaron a los pastores para que volvieran. Teseo les contó que había matado al gigante, y los pastores, llenos de agradecimiento, le besaron los pies, poniéndose a cantar:

—Ahora podremos pastorear con libertad no tendremos miedo de tocar la flauta cuando bailemos. El gigante Perifetes ya no existe y no podrá oir ya más el sonido de nuestras flautas.

Luego ofrecieron a Teseo cabritos, carne y vino, y las ninfas le dieron miel que recogieron en las rocas.

El héroe comió y bebió con ellos, y una vez terminada la comida, le rogaron que se quedase; pero el joven no quiso aceptar.

—Tengo mucho que hacer —les dijo—; he de ir a Atenas.

—Pues es menester que vigiles mucho —le replicaron los pastores—, porque es muy fácil que halles al bandido

Sinis, el tuerce pinos; le llaman así porque tiene la costumbre de inclinar dos pinos y a los pobres viajeros que caen en su poder los ata de las manos a uno de los troncos y de los pies al otro, de modo que, cuando los árboles se enderezan de nuevo, dividen en dos partes el cuerpo de las infelices víctimas.

Teseo agradeció el aviso, pero no por esto dejó de continuar su viaje, porque en su interior estaba firmemente decidido a ir en busca del ladrón. Le halló por fin en un bosque de pinos, en un lugar en que el camino corría por entre dos altas rocas.

El ladrón estaba sentado en una piedra, con un abeto a guisa de clava entre sus piernas; a su lado se veía una fuerte cuerda, y sobre su cabeza, en la copa del abeto, colgaban los huesos de los pobres viajeros asesinados.

—¡Hola, valiente tuerce pinos! —gritó Teseo—. ¿Has reservado dos árboles para mí?

El ladrón se levantó, y señalando los huesos que colgaban del árbol, exclamó:

—Mi despensa está ya vacía y por lo tanto tengo los

dos pinos preparados para ti.

Y se precipitó sobre Teseo, levantando su clava. Pero el joven le aguardó a pie firme y empezaron a batirse furiosamente.

Por fin, Teseo consiguió asestar un fuerte golpe a su contrario, que cayó pesadamente al suelo, y entonces el joven le sujetó, y atándolo con su propia cuerda, le dijo:

—Lo que tú has hecho a los demás voy a hacer contigo. E inclinando las copas de dos jóvenes pinos ató al ladrón entre ellos, a pesar de sus ruegos de la resistencia que hacía; y en cuanto soltó los árboles el bandido pereció. Teseo marchó de aquel lugar, dejando abandonado a los cuervos el cadáver del miserable.

Limpiando el camino de malhechores a medida que lo iba recorriendo, el joven llegó por último a la ciudad de Atenas. Al entrar en la ciudad vio que todo el pueblo había ido a recibirle, porque la fama de sus hazañas le precedió y todos conocían sus actos de valor. Al verle gritaban:

—¡Ahí está! ¡Miren al héroe!

A pesar de este entusiasta recibimiento, Teseo estaba triste e inquieto, por ignorar el que le reservaba su padre. Se encaminó en seguida al palacio del rey, subió las escaleras que a él conducían y se internó hasta hallarse ante la puerta de una gran sala, en cuyo umbral se detuvo.

Vio a sus primos sentados alrededor de una mesa, riendo alegremente y bebiendo con abundancia, pero entre ellos no estaba el rey Egeo. Los comensales vieron a Teseo y le llamaron, diciendo:

—¡Eh!, extranjero que estás en la puerta, ¿qué deseas?

—Vengo a pedir hospitalidad.

—Te la concedemos con gusto, y eres bienvenido. Pareces un héroe o un valiente guerrero, y como tal ven a beber con nosotros.

—No les pido a ustedes la hospitalidad; quiero solicitarla de Egeo, el señor de esta su casa.

Algunos de los jóvenes refunfuñaron, pero otros, riendo, gritaron:

—¡Todos nosotros somos dueños!

—Entonces yo debo ser mucho más dueño que ustedes —dijo Teseo, atravesando la sala en busca de Egeo.

Los jóvenes miraron a Teseo y luego cambiaron miradas de asombro entre sí, murmurando:

—Es un atrevido y será necesario acometerle en cuanto salga.

Pero, inmediatamente, se fijaron en que los hombros del joven estaban muy desarrollados y en que, tal vez, sería temeraria empresa atacarle, y por lo tanto permanecieron quietos en sus sillones.

Teseo llamó entonces a los criados y les dijo:

—Anuncien al rey Egeo, su señor, que aquí está Teseo solicitando su hospitalidad.

Un criado corrió a cumplir la orden y halló a Egeo en sus habitaciones, en donde Menea, la hechicera, su esposa, le estaba contemplando atentamente.

Cuando el rey se enteró que Teseo estaba en su palacio palideció, y luego, sonrojándose, se levantó temblando

de su sillón, mientras la maligna Medea le vigilaba como una serpiente pronta a atacarle.

—¿Qué relación tiene contigo Teseo? —preguntó.

—¿No sabes quién es? —dijo el rey, eludiendo la pregunta con otra—. Es el héroe que ha librado de bandidos mis dominios. Debo ir a recibirle y darle mi bienvenida.

En efecto, Egeo fue a la sala; y en cuanto Teseo le vio pareció como si su corazón quisiera saltar de su pecho, ansiando echarse al cuello de su padre. Pero se contuvo, pensando:

—Mi padre tal vez no me profesa ningún cariño. He de convencerme de sus sentimientos antes de hacerle saber quién soy. E inclinándose ante Egeo le dijo:

—He librado los dominios reales de muchos monstruos, y por esta razón vengo a pedir una recompensa al rey.

En cuanto el anciano Egeo le vio sintió desde luego simpatía por el héroe, pero en contestación a sus palabras suspiró y dijo:

—Es muy poco lo que puedo darte, noble joven, y desde luego, nada que sea digno de ti.

—Todo lo que yo pido —repuso el joven—, es comer y beber en su mesa.

—Esto puedo concedértelo —dijo Egeo—, si, como me figuro, soy el amo en mi casa.

Entonces ordenó que acercaran una silla para Teseo y le puso delante los mejores manjares que había sobre la mesa. Teseo se sentó y comió tanto, que todos los que le miraban estaban maravillados y mucho más al ver que, ni aun comiendo, había abandonado su mazo.

Entretanto Medea, la hechicera, estaba vigilando al héroe, pues le había extrañado la emoción que sintiera el rey al saber que el joven preguntaba por él. Por esta razón se dijo:

—Este joven acabará por ser aquí el amo, si yo no lo impido.

Regresó a sus habitaciones mientras Teseo comía. Los criados, observándolo, se decían al oído:

—Este es el que ha matado a tantos monstruos. ¡Cuán nobles son sus miradas y qué gigantesca estatura tiene! ¡Ojalá fuera el hijo de nuestro señor!

A la sazón regresó Medea, adornada con sus más elegantes vestiduras y con las más ricas joyas que poseía; estaba verdaderamente hermosa y todos los comensales no pudieron menos de atestiguarle la admiración que les produjo su belleza, pues no les era posible apartar de ella sus miradas. En la mano derecha llevaba una copa de oro y en la izquierda un frasquito del mismo metal. Se acercó a Teseo, y hablándole con dulce voz, le dijo:

—¡Gloria al héroe! Bebe en mi copa encantada, que da el descanso después de las fatigas y cura las heridas más peligrosas —Y mientras hablaba llenó la copa de brillante vino.

Teseo miró su cara y sus negros y profundos ojos; al hacerlo, retrocedió tembloroso, porque tenían el mismo aspecto que los secos ojos de las serpientes.

—El vino es exquisito y la escanciadora muy hermosa —dijo—. Permíteme que le ruegue beber primero en la

misma copa, para hacer más dulce su contenido.

Medea palideció intensamente y dijo balbuceando:

—Perdóname, hermoso héroe, pero estoy enferma y no me atrevo a beber vino.

Teseo la miró de nuevo y, al ver sus odiosos ojos, exclamó:

—¡Si no bebes en esta copa, morirás en mis manos!

Medea soltó un grito, arrojó la copa al suelo y huyó al verse descubierta, porque el vino contenía un activo veneno.

Sin perder momento pidió su carro arrastrado por un dragón, y subiendo en él emprendió la fuga por mares y montañas y desapareció para siempre. Egeo, al ver aquella escena, exclamó:

—¿Qué has hecho?

—Después de haber limpiado tus dominios de malhechores, acabo de librarte de un enemigo muy temible.

Y acercándose al rey, sacó de sus alforjas la espada y las sandalias y, conforme le ordenara su madre, le dijo estas palabras:

—La losa está levantada.

Egeo retrocedió un paso y miró al joven. Luego, sus ojos se nublaron y le abrazó llorando. Teseo le acompañó en su llanto hasta que los dos ya no pudieron llorar más. Egeo, volviéndose a sus servidores y cortesanos, les dijo:

—¡Miren! ¡Este es mi hijo!

Los primos de Teseo no vieron con mucha satisfacción este acontecimiento y sacando las espadas le acometieron.

El héroe combatía solo contra veinte; sin embargo, los venció y todos huyeron, dejándole con su padre. Y antes de que llegara la noche, la ciudad entera se regocijó con bailes y fiestas, en celebración de que el rey había hallado un heredero su casa real.

Teseo permaneció en compañía de su padre durante todo el invierno, y, en cuanto se aproximó la primavera, pudo observar que el pueblo de Atenas se ponía triste

y silencioso. Preguntó la razón de aquel silencio y de la tristeza que veía pintada en todos los semblantes, mas nadie quiso contestar a sus preguntas.

En vista de ello se fue a preguntar a su padre, pero este, en vez de satisfacer su curiosidad, ocultó el semblante y se echó a llorar.

En plena primavera, se presentó un heraldo en la plaza del mercado y gritó:

—¡Oh, pueblo y rey de Atenas! ¿Dónde está tu tributo anual?

Entonces una gran lamentación salió de todos los pechos.

Teseo, levantándose, preguntó al heraldo:

—Soy extranjero; dime, si te place, ¿cuál es el motivo de tu llegada?

—Vengo a cobrar el tributo que el rey Egeo prometió al rey Minos. Aquí se derramó sangre injustamente; el rey Minos vino para vengarla y no salió de Atenas hasta

que la ciudad hubo prometido pagarle un tributo anual, consistente en siete jóvenes y siete muchachas.

Ahora vengo para hacer efectivo este tributo y llevármelo en un buque de negro velamen.

Teseo, gimiendo interiormente, dijo:

—Iré ya con esos jóvenes y muchachas y mataré al rey Minos sobre su trono real.

Pero Egeo, su padre, le rogó, llorando:

—Tú no irás, hijo mío; tú no has de morir horriblemente como morirán esos jóvenes, porque Minos los hace entrar en un laberinto del cual ninguno puede escapar, tan complicados son sus pasadizos, sin hallar antes al Minotauro, el monstruo que se nutre de carne humana. Este los devora horriblemente y correrías la misma suerte de persistir en tu propósito.

—Pues ahora más que nunca deseo ir con ellos para matar al monstruo.

Egeo cayó de rodillas ante su hijo, suplicándole que se quedara, pero este no quiso ceder.

Por fin, en vista de la inutilidad de sus ruegos le dejó partir, llorando amargamente, pero no sin decirle antes:

—Prométeme tan solo una cosa, en el improbable caso de que regreses sano y salvo: vuelve en el mismo buque, pero acuérdate de ponerle velas blancas en vez de negras, como las lleva ahora, a fin de que yo, desde lejos, pueda saber tu buena o mala fortuna.

Teseo se lo prometió y salió a la plaza del mercado, en donde estaba el heraldo echando suertes entre los jóvenes y muchachas que se agrupaban a su alrededor, para elegir a los que debían embarcarse con él.

La gente del pueblo también estaba congregada allí, llorando cada vez que la suerte designaba a uno para formar parte de la fatal comitiva. Entonces Teseo, entrando en el corro, gritó:

—¡Aquí hay uno que no necesita ni quiere echar suertes! ¡Deseo ser uno de los siete!

El heraldo, maravillado, le preguntó:

—Hermoso joven, ¿estás enterado del destino que te aguarda?

—Sí —repuso Teseo, atrevidamente—; y permite que los acompañe en el buque de las velas negras.

Terminado el sorteo, el heraldo, acompañado de los desgraciados jóvenes, se encaminó al puerto. Teseo iba a la cabeza de todos y el pueblo los seguía llorando. Entonces el héroe murmuró al oído de sus compañeros:

—Tengan esperanza, porque el monstruo no es inmortal.

Los desgraciados se sintieron algo reconfortados con estas palabras, pero no pudieron contener su llanto al entrar en el buque y al abandonar, tal vez para siempre, su patria, familia y amigos.

CAPÍTULO III

TESEO DA MUERTE AL MINOTAURO

El buque empezó a navegar muy despacio, pero luego un viento favorable le condujo con rapidez a la isla de Creta. Desembarcaron, y muy pronto, Teseo se halló en presencia del rey Minos. Este ordenó que se llevará a los cautivos a la cárcel y que, de uno en uno, les fueran echando al Minotauro.

—¡Hazme un favor, Minos! ¡Permite que yo sea el primero en ser arrojado al monstruo! He venido aquí con este propósito, por mi propia voluntad y no obligado por la suerte.

—¿Quién eres, valiente joven? —preguntó el rey.

—Soy el hijo de Egeo, el rey de Atenas, y he venido a pagar el tributo anual.

Minos le estuvo contemplando un instante, y pensó:

—El muchacho, con su muerte, quiere expiar el pecado de su padre.

Y en alta voz le dijo:

—Vete en paz, hijo mío, porque sería una lástima que muriera un valiente como tú.

Pero Teseo contestó:

—He jurado no regresar sin haber visto al monstruo.

—Pues lo verás —repuso Minos, frunciendo el entrecejo.

Los guardias, por lo tanto, llevaron a Teseo a la cárcel, juntamente con los otros jóvenes y muchachas.

Pero Ariadna, la hija de Minos, al ver a Teseo tan valiente y hermoso, sintió por él un ardiente amor.

—Es una vergüenza que muera un joven como este —se dijo.

Y por la noche salió de su habitación y fue a ver al héroe, al que dio cuenta de los sentimientos que había inspirado a su femenino corazón.

—Huyan, tú y tus amigos, y llévame con ustedes —dijo—, porque yo no me atrevería a quedarme aquí, una vez estuvieras fuera de la prisión; sé que mi padre me haría sufrir una muerte horrible al enterarse de lo que he hecho.

Teseo permanecía silencioso, confundido y atónito al contemplar su belleza. Por fin dijo:

—No puedo regresar a mi patria sin haber matado al monstruo, terminando de esta manera con la infelicidad de mi pueblo.

—¿Quieres matar al Minotauro? ¿Cómo puedes hacerlo? —preguntó Ariadna sorprendida.

—No lo sé, ni me importa, pero tendrá que ser muy fuerte si lo es más que yo —dijo Teseo.

Ella sintió que su amor por el joven aumentaba al verlo tan valiente y decidido, y repuso:

—Y en cuanto lo mates, ¿de qué manera saldrás del laberinto?

—Tampoco lo sé ni me importa, pero será muy extraño que no consiga hallar la salida mientras pueda alimentarme con el cuerpo del monstruo.

Ariadna estaba encantada.

—Hermoso joven —añadió—, eres demasiado atrevido, pero yo, débil cual soy, puedo ayudarte. Te daré una espada, y con ella puedes tal vez matar al monstruo, y un ovillo de hilo con ayuda del cual quizás te sea posible hallar el camino de regreso. Prométeme tan solo que, si escapas sano y salvo, me llevarás contigo a tu país.

Teseo ocultó la espada y el ovillo de hilo, y cayendo a los pies de la princesa se los besó, así como las manos, mientras ella sollozaba al pensar en el terrible peligro que su amado iba a correr. Luego, Ariadna se marchó, y Teseo se tendió a dormir tranquilamente.

Al salir el sol, los guardias le sacaron del calabozo y le llevaron al laberinto. Se internó en aquel sombrío abismo y dio vueltas tan pronto hacia la derecha como hacia la izquierda, unas veces subiendo y otras bajando, hasta que se sintió mareado. Pero, desde que entrara allí, no había soltado el ovillo de hilo, cuyo extremo atara a

una piedra de la entrada, y prosiguiendo su camino lo iba desenrollando. Por fin descubrió al Minotauro, que se hallaba en un estrecho recinto rodeado de altísimas rocas.

Entonces se detuvo, porque nunca había visto un monstruo tan extraño. Tenía el cuerpo de un hombre, pero su cabeza era como la de un toro con dientes de león. Cuando el Minotauro vio a Teseo rugió, bajó la cabeza y se abalanzó a él. Pero Teseo se apartó ligeramente, y, en cuanto el monstruo pasó, le hirió en la rodilla con su espada, y cuidando de permanecer siempre detrás de la fiera hundió varias veces el arma en su cuerpo, hasta que, por último, el Minotauro emprendió la fuga rugiendo salvajemente.

Teseo le siguió, sosteniendo en su mano el ovillo de hilo, y por fin lo alcanzó. Entonces lo cogió por los cuernos, y obligándolo a bajar la cabeza le hundió en el cuello su afilada espada.

Luego, Teseo se preparó a regresar y sin ningún esfuerzo halló el camino, siguiendo el hilo indicador, hasta que llegó a la entrada del temible laberinto, en donde halló a Ariadna, que le estaba aguardando.

El héroe murmuró al oído de la princesa:

—Ya está hecho —Y le enseñó la espada.

Entonces ella se puso un dedo en los labios, recomendándole el silencio, y conduciéndole a la cárcel abrió la puerta y libertó a los prisioneros, mientras los guardianes dormían pesadamente, pues Ariadna los había narcotizado con algunas drogas que mezcló en el vino que bebieron. Todos juntos se encaminaron alegremente al buque, en el que emprendieron el viaje de regreso. Muy pronto la noche se extendió a su alrededor, y de tal modo pudieron escapar felizmente. Entonces Teseo se casó con la princesa Ariadna, pero la hermosa joven no llegó a Atenas con su esposo.

Algunos dicen que, mientras dormía en una playa, uno de los dioses la halló y se la llevó al cielo, y otros que el dios la arrebató por la fuerza a su esposo. Sea de esto lo que fuere, por apresuramiento o por tristeza, Teseo se olvidó de poner velas blancas al buque.

Su anciano padre, Egeo, estaba sentado en la costa esperando un día tras otro, cansando sus débiles ojos

para ver si en el horizonte se presentaba el esperado bajel, y cuando vio las negras velas dio por muerto a Teseo y desesperado se arrojó al mar, que, aún hoy, se denomina «mar Egeo». Teseo fue entonces rey de Atenas, y gobernó tan bien y con tanta sabiduría que el pueblo le honró aún después de su muerte, durante muchos siglos, llamándole el padre de su libertad y de sus leyes.

“

«Teseo permaneció en compañía de su padre durante todo el invierno, y, en cuanto se aproximó la primavera, pudo observar que el pueblo de Atenas se ponía triste y silencioso. Preguntó la razón de aquel silencio y de la tristeza que veía pintada en todos los semblantes, mas nadie quiso contestar a sus preguntas...»...

Colección
Lima Lee

